

za que era regular inspirarnos. Por la mañana entramos en nuestras lanchas pintadas, que fué preciso atoar á fuerza de caballos por el ímpetu de la corriente. El día siguiente dejamos el río y continuamos nuestra ruta por tierra hácia el Sud; los oficiales en coche y la tripulación en otros carruajes casi iguales, menos en el adorno. Paramos á comer á muy corta distancia, porque el camino iba siempre subiendo y fatigaba mucho á los caballos. Por la tarde nos hallamos al pié de las montañas; fuimos á dormir á Sporogunda, que nos pareció ciudad magnífica, y donde nos trató perfectamente Astorbas, hombre muy inteligente en el griego y latin. Allí nos detuvimos tres días; vimos la ciudad en todo muy semejante á las demás plazas de los sporundanos, pues entre ellos un modelo sirve para todas; pero esta se distingue por sus vastos canales para regar las llanuras vecinas, obra prodigiosa que en Europa hubiera costado cincuenta millones, y aquellos habitantes no han expendido un maravedí en ella, porque cada uno ha contribuido con su trabajo gratuitamente.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

VIAJE Á LOS SEVARAMBOS.

CAPITULO PRIMERO.

El autor parte de Sporunda con sus compañeros, y llegan á las montañas. Descripción de su ruta. Encuentran bestias feroces, y Gulliver se vé en un inmenso riesgo.

Habiendo llegado al pié de las montañas que sirven de frontera á los sevarambos, descansamos tres días en Cola, que en sevarambo significa vista deliciosa. Tres ríos, llamados Banon, Carú y Silkar, riegan el territorio, cuya fertilidad á una vara de la cumbre de las montañas excede á cuanto puede imaginarse. El labrador recoge cuatro cosechas en cada año, porque nunca falta á la tierra ni humedad ni calor, y esto sucede en todo el reino. No hay país tan hermoso ni aire tan puro en el resto del universo. En una palabra, no se distinguen

allí tanto las estaciones por [el rigor del calor ó el frío, como por la cercanía ó alejamiento del sol.

Claro está que no nos halláramos muy descontentos en un paraje semejante; pero el principal motivo de nuestra detencion en Cola era que Sermodas tenia allí bastantes amigos, especialmente una señora, que era la que le hacia alargar el plazo. Sin embargo, sus satisfacciones no le desviaban de nuestra atencion: nos proporcionaba toda la diversion posible, y encargó que nos enseñasen sus magníficas casas de campo y los deliciosos jardines del contorno, cuya situacion y grandeza no son comparables con nada de lo que he visto de esta especie en Europa; mas lo que divertió extremadamente á nuestra gente fué la caza del avestruz, que se hace de la manera siguiente:

Tienen unos perrillos bastante parecidos á nuestros podencos. Los llevan apareados hasta el sitio en que están guarecidos los avestruces, donde los sueltan á la señal de una especie de bocina, y apenas descubren la presa se dispersan por uno y otro lado, hasta que los cercan; corren todos sin cesar, porque el avestruz tiene las alas muy cortas para poder volar, y cuando los ven cansados les hacen sus embestidas: el

pájaro se defiende con el pico y las uñas, trastorna á su enemigo, vuelve éste sobre aquel, y confundidos los unos con los otros, como si estuviesen todos locos, ofrecen el más divertido espectáculo. Al fin el pobre avestruz rendido, viendo que no puede salvarse á la carrera porque el perro le detiene, se esfuerza á querer volar; con esto acaba de perder su vigor y cae como muerto. Los perros se echan sobre él; pero el cazador acude al instante, y se le quita de entre las manos para ponerle en un cajon, donde recobra sus fuerzas, y le vuelve á echar al campo.

La inocencia de esta diversion me hizo verla con un gusto inalterable, pues ni los avestruces ni los perros recibieron mucho daño; pero en mi país natal no puedo menos de confesar que si alguna vez he salido á caza, aun no bien ha anunciado la bocina la muerte del ciervo, cuando un dolor secreto se ha apoderado de mi corazon, compadecido de la suerte de aquel noble animal. Me he puesto á reflexionar varias veces sobre la barbárie que nos inclina á un espectáculo que debe acabar con una muerte, y yo estaré siempre por aquellas diversiones que no principien por sublevar el ánimo.

Pero volviendo á Cola, no era de extrañar que Sermodas se detuviese en ella, y nos detuviese tanto tiempo á todos, siendo la última ciudad de los sporundanos, donde todos los viajeros hacen descanso para recibir los favores sencillos é inocentes del trato de las damas, que no les es permitido luego que entran en territorio de los sevarambos, por no conformarse esta condescendencia ni con la austeridad de aquellos pueblos, ni con la naturaleza del clima.

Finalmente, al cabo de tres dias ordenó lo necesario para que pasásemos las montañas, donde deseábamos con impaciencia vernos. Los animales que habian de tirar de nuestros carruajes, eran bastante semejantes á los unicornios que están sosteniendo las armas de Inglaterra. Son vivos, firmes de piés, y la industria de los habitantes hace de ellos cuanto nosotros podemos exigir de los mejores caballos, sin más que tirar de cierta manera de un cordon de seda para que aceleren el paso, ó ya para dirigirlos adonde se quiere. Así todo dispuesto, comimos y nos despedimos de nuestras favorecedoras no con poco sentimiento.

No nos habíamos apartado mucho de la ciudad, cuando descubrimos en los valles incultos,

que dominábamos una multitud de fieras que combatian por arrebatarse la presa las unas á las otras. No tuvimos en esto otro placer que el de vernos seguros de su alcance, aunque sus terribles aullidos no dejaban de turbarnosle alguna vez. Con todo hicimos alto en un paraje, distante casi media legua, para observar uno de estos combates, y presenciarnos el de dos osos que desgarraban entre sus uñas un gamo que habian cazado. Llegó un leon y mientras uno de los osos luchaba con él, el otro guardaba la presa bien afianzada, hasta que, viendo á su compañero de mala calidad, tuvo que acudir al socorro. Atacó al leon con tal fuerza que le hizo huir, persiguiéndole obstinadamente; pero volviéndose el leon en la carrera le hizo huir al oso. Llega al campo de batalla, donde habia quedado el otro enemigo con una pata rota muy maltratada, para comerse el gamo á su vista, y el oso fugitivo no le da lugar. Carga sobre él con nuevas fuerzas y un furor desmedido, y levantándose el cojo arrastrando ó como pudo, no tuvo otro arbitrio el leon que el de escapar con un miembro del gamo en la boca, dejándoles celebrar su racion con descanso.

Llegamos antes de anochecer á unas montañas que llaman Sporakas, montañas de una al-

tura inmensa, á que apenas es comparable el pico de Tenerife, y cuya cumbre está siempre cubierta de nieve á pesar del ardor del clima. Caminábamos por ellas cuando me pareció oír un ruido como de trompas y bocinas, que me obligó á preguntar á Sermodas, no sin algun sobresalto, si habia riesgo de enemigos. La pregunta le hizo sonreír y á los sporvianos, pero me respondió prontamente: «no, no teneis que temer. Jamás turbó conquistador ni usurpador alguno el sosiego de este reino desde el Diluvio acá, del cual, para decirlo de paso, ningún pueblo de los que viven en Europa tiene mejores memorias que nosotros. Es verdad que han hecho algunas tentativas en nuestras fronteras, pero siempre con mal éxito. Nosotros no estamos sujetos á las pasiones desordenadas de otros hombres, y si alguno diera indicios de ese espíritu de ambicion tiránica que hace vuestros héroes no tardaria más en salir desterrado para siempre del reino.» Enseguida me declaró que aquel ruido que habia percibido era de un despeñadero de agua inmediato.

Al acabar este discurso nos hallamos en una roca, en que la Naturaleza habia formado diferentes aposentos, y entre ellos uno cuyo extraordinario resplandor me deslumbró. Cual-

quiera diria que era la morada del sol durante la noche. Sermodas me hizo observar aquella maravilla mientras disponian la cena. La roca parecia un diamante, labrada toda en un sin fin de facetas que recibian la luz y la variaban, devolviéndola las unas á las otras. En una palabra, con un poco más de fé de los romances que la que tengo, yo me hubiera creído en los palacios encantados que se encuentran en ellos á cada paso. Pero Sermodas me manifestó que aquello no era otra cosa que el hielo endurecido y cristalizado, que los rayos del sol no habian podido derretir.

Pusimonos á cenar con una tranquilidad que no pensábamos pudiese ser alterada, como lo fué casi en el mismo instante. Apenas nos habíamos sentado á la mesa vino un leopardo perseguido de un gamo montés, que tenia su asilo en una de aquellas concavidades, y como el ruido de nuestra gente los habia espantado, y la entrada de la roca estaba cerrada con nuestros bagajes, no acertaban á salir. Llenos de temor echamos mano á las armas, aguardando cuando las dos fieras nos acometian; pero gracias á Sermodas que no quiso vernos mucho tiempo en tanta inquietud. Cobrad alientos, nos dijo, y estad quietos, veréis una cosa que os pasmará;

y entretanto las dos crueles fieras principiaron á refunfuñar y se agarraron. Tan pronto estaba encima la una como la otra, y seguramente la lid hubiera terminado con la muerte de alguna de ellas si Sermodas no hubiera hecho señal á dos de nuestros ingleses para que les tirasen. El leopardo cayó muerto, y el gamo huyó á su antiguo retrete, donde le dejamos bien encerrado hasta el día siguiente; mas el pobre animal no sobrevivió largo tiempo á su enemigo, pues así que amaneció, no bien le habíamos echado fuera del agujero, instigándole con fuego, cuando fué á dar adonde estaban otras bestias feroces, que le mataron y devoraron á nuestra presencia.

Esta relacion da bastante á conocer cuántos peligros nos rodeaban. Sin embargo, hicimos lo que acaso ningun europeo hubiera hecho, es decir, que cenamos con buen apetito y dormimos como si no hubiera nada que temer.

La mañana siguiente, bien entrado el día, volvimos á examinar las rarezas de la roca, en que encontramos nuevos objetos de admiracion, que la sorpresa ó la oscuridad habian reservado de nuestra vista. Pero no los describiré porque no parezcan increíbles, y el público, sospechoso, llegue á desconfiar del resto de esta historia.

Paso á otro artículo en que no respondo tampoco de la credulidad de los críticos y que sin embargo no puedo omitir. Ved aquí el que es.

Cuando los sporundanos se ven con algunas de aquellas manchas de que he hablado más arriba, van á bañarse en una fuente de agua amarilla que quita en el instante manchas, postillas y hasta los deseos viciosos, de suerte que quedan desde luego aptos para poder conversar con los virtuosos habitantes del otro lado de las montañas. Fuimos, pues, á purificarnos en este baño maravilloso, y yo puedo asegurar que me sentí al punto otro hombre, como igualmente confesaron todos mis compañeros. En suma, este era el antídoto de las funestas aguas del Salmacis, que afeminaban á los hombres, y así todos nuestros pensamientos fueron puros, nobles y generosos desde que nos lavamos en sus aguas saludables.

Era bastante tarde cuando salimos del baño, y para resarcir la detencion no nos descuidábamos en avivar á nuestros unicornios, pero habiendo avistado un jaccal, animal á que tienen tanta antipatia como los galgos á las liebres, por más que hicimos para sujetarlos y traerlos á camino nada pudo contenerlos, hasta que, siguiendo al animal, le cogieron y devoraron. Volvi-

mos al camino, y al declinar la tarde descubrimos la deliciosa ciudad de los sevarambos, cuyas torres y chapiteles parecian tocar el cielo. No puedo yo explicar, ni aun á medias, el gusto que nos causó su vista.

Sermotas tomó de aquí ocasion para instruirnos de la conducta que debíamos observar con los sevarambos. Guardáos mucho, nos dijo, de dilataros en discursos supérfluos delante de ellos, porque llegarán á aborreceros, juzgándoos indignos de pisar su suelo. Tened gran cuidado de no manifestar singularidad alguna en vuestros modales. No permitais juramento entre vosotros. No dejéis de reformaros en lo que os adviertan, si acaso lo hicieren, y arreglad vuestras acciones por las suyas; os granjearéis por esta conducta su estimacion y cariño. Usad con moderacion de los favores que la Naturaleza prodiga en esta dichosa nacion. Su generosidad los impelerá sin duda á haceros cuantiosos regalos. No rehuseis ninguno, porque mirarian vuestras excusas como una señal injuriosa de desprecio. No me ocurre por ahora más consejos que daros.

Todos le dimos gracias por sus advertencias y ofrecimos manejarnos por ellas, pues, como se deja discurrir, no podíamos menos de hacerlo

así, y pasado esto llegamos á lo más bajo de las montañas, donde corre un rio con cuya anchura no es comparable la del Támesis, el cual circunda el reino de los sevarambos.

Como era ya puesto el sol tuvimos que esperar al día siguiente para pasarle, porque no tiene puente, con el fin de que no sea tan fácil la entrada en el reino, temiendo que los extrangeros les lleven sus enfermedades y vicios de que tienen los sevarambos una aprension extraordinaria.

Así, pues, tomamos el partido de descansar en unos bosques de jazmines y rosas, plantados exprofeso para comodidad de los sevarambos cuando sus negocios los llaman á Sevarambia, y encuentran la barca del otro lado del rio. Justamente hacia una noche de aquellas que no se ven sinó en los poetas y entre los sevarambos. Un cielo sereno y un aire apacible, ningun viento, una luna en su lleno, las estrellas brillantes, un silencio solamente interrumpido por el armonioso canto de diversos pájaros, de los cuales algunos son particulares á aquel clima. Todo convidaba á pasearse, y Sermotas, siempre complaciente, no se excusó á acompañarnos.

Yo no me cansaba de admirar tantas deli-

cias, pero Sermodas á todo me respondia que ya veria otras cosas.

En este instante interrumpieron nuestra conversacion los aullidos de no sé cuantos animales feroces, que muy presto vinieron á donde estábamos. Los primeros que se nos echaron encima con un furor extraordinario fueron una porcion de jaccáes, dos leones viejos y algunos leoncillos, á cuyos aullidos acudieron otras infinitas fieras. Como no habíamos prevenido el riesgo estábamos sin armas, y tuvimos que recurrir á la huida. No miramos más que á recobrar nuestro alojamiento, desmintiendo el proverbio de que el miedo da alas, pues por lo que á mí toca puedo confesar que me quitó las fuerzas para correr.

Un leopardo agarró á Morrice por los faldones del vestido, y haciéndolos mil pedazos se los engulló, dándole entretanto lugar de escapar. A mí me cogió otro por detrás con tanta fuerza que consentí perder la vida, porque el resto de nuestra gente no estaba ya en situacion de poder socorrerme; pero aunque deshauciado de todo auxilio no desanimé. Creciendo mis fuerzas á proporcion del peligro sujeté al leopardo por una oreja, y metiéndole un dedo en un ojo dió un terrible aullido y abandonó la presa. A bre-

ve rato volvió abriendo sus sangrientas garras y su boca infernal. Entonces, ¡de qué no se acordó el miedo! le envainé la mano hasta la garganta, le arranqué con esfuerzo la lengua, y se la eché á toda aquella tropa de animales feroces que nos rodeaba, con la que se entretuvieron, dándome tiempo de escapar, si no es un solo oso que me persiguió, aunque no me dió mucho cuidado. Mi desgracia fué que al mirar atrás tropecé en una piedra, que me hizo caer, y pasando por encima de mí el oso yo me creí perdido, y me encomendé fervorosamente al cielo aguardando el fatal momento de mi muerte. Por un efecto de la divina Providencia, nuestra gente, que habia oido los aullidos tan fuertes de aquellas fieras habia tomado las armas para defendernos, y cayó sobre el oso antes que él pudiese volver sobre mí. Animado con su presencia me levanté, tomé la espada de uno de mis compañeros, que llevaba un fusil, y le atravesé el corazon al animal. Esto fué como un presagio de nuestra victoria: todos los demás se arrojaron á nuestros enemigos matando algunos de ellos, entre los cuales notamos una susa con seis cuernos semejantes á los de un toro, y en fuerzas no le cedia.

Sin embargo el triunfo nos costó caro, pues

diferentes sporundanos quedaron heridos en este encuentro, aunque ninguno de muerte, de manera que pudimos sentarnos alegremente á la mesa despues de haber dado gracias al cielo cada uno á su modo. Por colmo de nuestra dicha dormimos muy bien, y con las hojas de cierto árbol, que crece en las inmediaciones, logramos un pronto alivio y una curacion milagrosa, sin la cual no hubiéramos podido entrar en el reino de los sevarambos, donde no es admitido jamás ningun herido ni enfermo. Pero la mañana siguiente ya nos hallamos hábiles para pasar el rio sin incomodidad ni recelo de ser mal recibidos.

CAPITULO II.

El autor y sus compañeros pasan el rio y entran en el reino de los sevarambos. Descripción de su viaje hasta la capital y acogida que les dan.

El buque, que estaba pronto á recibirnos, era bastante parecido á aquellas barcas de Inglaterra que tiran los caballos, á excepcion de que era más hermoso, y sin comparacion más grande. El comandante, que se llamaba Kibbas

fué á visitar á Sermotas, con quien tuvo una conferencia privada, y enseguida se llegó á mí, me besó en la frente, me abrazó y me dió el parabien de vernos entre los sevarambos, quienes estaban penetrados de nuestro infortunio.

Entretanto nuestra gente se ocupaba en desollar las fieras que habíamos matado el dia anterior para ofrecer las pieles al rey de los sevarambos, que prefieren estos presentes al oro y á la pedrería, cuya abundancia lo haria despreciable á aquellos pueblos si su hermosura y su pureza no mantuviesen alguna parte de su precio, y cuando todo estuvo dispuesto nos mandó Kibbas que nos bañásemos en una fuente que estaba detrás de nuestro alojamiento y que hasta entonces no habíamos visto. Sus aguas tenían la virtud maravillosa de quitar las postillas y cualquiera otra deformidad del pellejo. Despues nos vestimos, cumplimos con otras algunas ceremonias que faltaban á nuestra purificacion y entramos en la barca, que nos pasó á la otra parte del rio.

La costa estaba guarnecida de un sin fin de hombres y mujeres de una hermosura increíble, ó por lo menos debo confesar que cualquier imaginacion que hubiese formado por la pintura que me habian hecho de ellos, se quedaba mu-

cho por bajo de lo que ví en aquel instante. Luego nos dieron á cada uno una bata verde, semejante á un vestido turco, con botones de una especie de jaspera y ojales de oro, plata y seda, segun la dignidad de las personas.

Ápenas habiamos dado algunos pasos sobre la costa, rodeados de una turba de aquellos hombres hermosísimos que nos anunciaban toda prosperidad, vimos llegar un señor cuyo aire majestuoso infundia respeto, acompañado de seis hijos y cuatro hijas tan sumamente hermosos que su vista borraba cuanto acabábamos de admirar. Era el gobernador de la ciudad, su nombre Zidi Marabet. Nos saludó con agrado, y nos dijo en buen francés que el rey le habia ordenado que nos tratase como á buenos amigos. Habló aparte algunas palabras á Sermodas, y despues nos condujo á su palacio, construido de mármol blanco y negro, de tal arquitectura que en su comparacion aun el de Sporunda no era nada.

La ciudad está situada sobre las márgenes del rio y compuesta de seis grandes calles en simetría, que todas guian al puerto. La mayor parte de las casas me pareció ser de mármol, y cubiertas de una cierta materia que casi no se diferencia del oro bruñido, principalmente cuan-

do los rayos del sol brillan sobre ella. Pero no hay ninguna que pueda competir, ni por la hermosura, ni por el grandor, con la de Zidi Marabet. Se llega á ella por una deliciosa calle de árboles, que despiden un olor muy agradable. Alrededor del palacio y sus jardines se extienden dos canales profundos, adonde han sabido llevar las aguas del rio y están llenos de peces exquisitos. El interior del palacio corresponde con el buen gusto de su exterior. Los muebles, las tapicerías, todo es oro y seda, y aun excede mucho á la materia la delicadeza del trabajo.

En este bello sitio fué donde pasamos los siete dias que la respuesta del rey, relativa á nosotros, tardó en llegar, sin que olvidasen nada de cuanto podia hacérsenos más precioso mientras la esperábamos. La caza, la pesca, los halcones, el paseo, la música, la conversacion, y en una palabra, toda suerte de placeres inocentes se sucedian los unos á los otros. En fin, la orden llegó, y nos volvimos á poner en camino con nuestro guia.

Caminamos por un país delicioso, donde el arte parecia haberse esmerado en adornar los presentes de la Naturaleza y hermohear sus obras. Vimos al paso osos, leopardos, leones, tigres; pero habían perdido en aquellos lugares

su ferocidad natural, y no habia riesgo en acercarse á ellos. Las praderas no producian sino yerbas y flores olorosas, y los arroyos corrían sobre fina arena un agua pura y clara, que por sus rodeos infinitos parecia buscaba donde estancarse para siempre. En todas partes encontrábamos alimentos esquisitos y vinos que lisonjéaban el gusto sin alterar la salud. Las poblaciones por donde pasábamos nos pasmaban por su magnificencia, sin saber qué admirar más si la hermosura de sus habitantes ó su humanidad. Cada vez que consideraba mi fortuna quisiera que aquel rio que habíamos atravesado hubiese sido el del olvido, para no haberme vuelto á acordar de lo que habia visto en nuestro mundo.

Llegamos á una ciudad cuyos habitantes nos acompañaron con música, hasta que salimos de su territorio. Los actores del concierto aun estaban todos en la flor de su edad, lo cual habia notado en todas las poblaciones que dejábamos atrás, con no menos sorpresa que placer. Habiéndolo advertido Sermodas me dijo acerca de esto que la filosofía, las matemáticas, la astronomía y la música eran otras tantas ciencias á que se aplicaban los sevarambos desde su infancia. Que la medicina era la única que se

hallaba descuidada entre ellos, porque no tenían necesidad ni de drogas ni de simples, gracias á la pureza de sus costumbres que no daba entrada á las enfermedades. Que la muerte no era allí otra cosa que el efecto de una larga vejez, y no del desarreglo ni de los remedios. Su hermosura, prosiguió, proviene tambien en parte de la misma causa. Una dulce serenidad aparece sobre los rostros de ambos sexos. Los hombres tienen un aire varonil, un mirar respetable, el cuerpo vigoroso, una estatura sobresaliente, y hasta un no sé qué de noble en su modo de andar. Las mujeres, á correspondencia, me confesareis que no imaginásteis jamás ni su semejanza antes de verlas. Unas gracias halagüeñas sin tener nada de debilidad, un aire de honestidad que no inspira sino la inocencia, de que hacen profesion: un exterior noble, unos modales interesantes. Hé aqui el retrato de todas. Tal es el efecto de la tranquilidad perpétua con que gozan de aquellos virtuosos placeres que gustan, de la inocencia de su corazon y de la sublimidad de sus luces.

Mientras nos hablaba de esta suerte advertimos unas águilas y buitres que tuvimos por aves de rapiña, lo cual le dió ocasion á continuar en estos términos. Los animales que veis

no caen sinó sobre los insectos, pues, para decirlo en una palabra, aquí no hay bestias, ni en la tierra, ni en el agua, ni en el aire, que hagan daño á las otras, ni á los hombres. Así es que si no hubiéramos referido á los sevarambos lo de las fieras carniceras, ignorarian que las hay, y suelen responder á los que les hablan de hombres acometidos, ó despedazados por leones, que es preciso que el Sér Supremo estuviese bien irritado contra ellos para exponerlos de tal modo al furor de criaturas tan terribles.

Entretanto íbamos acercándonos poco á poco á Sevarinda, y á cada paso se presentaba un nuevo motivo de admiracion. El oro brilla por todos lados en los muebles y edificios de los sevarambos, como la pedrería y las perlas, que no son mucho menos comunes, y que algunas veces envian fuera por complacer á los sporundanos, quienes les han enseñado que para viajar con aplauso por nuestro mundo es preciso llevar de estas credenciales, sin las cuales nuestros codiciosos señorones les darian una acogida fria y poco grata. No con otras miras han venido á la Europa y Asia estas perlas y diamantes, cuya hermosura con razon es tan exagerada, pero no la hay para creer que han salido de las minas de nuestro mundo.

Otra cosa que tambien me encantaba era la humanidad de los sevarambos, humanidad sin ejemplar en nuestras historias, aunque subamos hasta los primeros siglos del mundo. Tiene uno un mueble que le agrada á otro: en el instante hacer un cambio en que quedan ambos contentos; y cuando no tiene con qué pagarlo, no hay que temer denegacion; el placer que su vecino siente en tenerlo agradecido sirve de equivalente, y no se exige más. Esta ternura de los sevarambos para con el prójimo es la causa de que se ignore entre ellos lo que es pobreza, y de aquí proviene tambien su hospitalidad, como nosotros mismos experimentamos desde el primer dia. En efecto, diez de los principales de una ciudad salieron á recibirnos, disputándose el placer de regalarnos á porfía, tanto que Sermodas, por no dejar á ninguno descontento, dividió nuestra gente en diez partes iguales, y no hubo uno que no fuese tratado por su huésped con tal bondad y magnificencia que no sabíamos alabarla.

Hé aquí como se pasaron los diez y seis dias que tardamos en llegar á Sevarinda, capital de los sevarambos y residencia de los reyes, los cuales todos toman el nombre de Sevarias ó Sevaraminas, autor de su linaje.

CAPITULO III.

Descripcion de las provincias de los ambiciosos, de los trapacistas y de los necios. Gulliver con los suyos se presenta al rey de los sevarambos. Cómo los recibe. Leyes, religion, usos y costumbres de aquellos pueblos.

Desde que llegamos al palacio que nos habian señalado, principiaron á concurrir amables ciudadanos de Sevarinda con presentes, flores y frutas. Uno de ellos nos hizo esta arenga, que Sermodas nos explicó: «Ilustres extranjeros, seais bien venidos á nuestra ciudad. Desterrad la memoria de vuestras desdichas pasadas. Sereis indemnizados de vuestras pérdidas. Nosotros nos alegramos de tener una ocasion de imitar al Soberano Criador del universo acreditando nuestra bondad á unos pueblos tan amables.» Nos hizo enseguida una profunda reverencia y se retiró adonde estaban sus compañeros, dando todos principio á un concierto embelesador de voces é instrumentos. A la música siguió un festin en que nos sirvieron, entre otros un vino que excedia, si es dable, á los que habíamos bebido antes. Tiene la

prodigiosa virtud de reanimar los ojos apagados de los ancianos y de remozar sus acciones. Así es que no se distinguen sinó en la blancura del cabello y la barba, que las leyes les prohiben cortarse; pero á no ser por esto cualquiera creeria que aquellos habitantes gozaban de una juventud eterna, fruto de la simplicidad de sus costumbres y de la sanidad del aire.

No se limitaron á esto sus pruebas de civilidad para con nosotros. Aquella misma tarde nos cumplimentó el rey por medio de Sermodas, y le mandó que el dia siguiente nos llevase á su audiencia, diciéndole con mucho interés que la hora tardaria á medida de sus deseos. Esta moderacion me dió ocasion de suplicar á Sermodas me describiese á aquel príncipe y sus Estados, lo cual desempeñó de la manera siguiente:

Ya sabeis que nuestro sábio y poderoso rey descende por línea recta de nuestro legislador; falta añadir qué há sucedido á siete mil quinientos nueve reyes, sus abuelos; su reino se compone de sesenta y cinco provincias cercadas por el rio que hemos atravesado y gobernadas por cuatro vireyes, que se elijen de tres en tres años entre aquellos magistrados que por su sabiduría y virtud se distinguen de los demás.

Pero hay todavía de la otra parte del río otros principados que dependen de los sevarambos. Tal es el de Sporunda, el único que se gobierna por sus leyes propias, en que se encuentra algún vestigio de su inocencia; pero los habitantes de los demás están privados para siempre del derecho de pasar el río.

Cerca de allí está la provincia de los Trapacistas, gobernada por Marabo ó Astucia infernal. Sus habitantes jamás viven en paz. Artificios, conjuraciones, mentiras, engaños, injusticias: no piensan en otra cosa. Su única ocupación arruinarse los unos á los otros. Tan solo una vez se reunieron y fué para apoderarse de la provincia de los Aváros, que habían hecho muchas mutaciones ventajosas. La empresa se logró y conservan la conquista, de manera que sus primeros habitantes viven hoy en un país escabroso y estéril.

Con los Marabinos confinan los Ambiciosos, nación turbulenta y traviesa, y que frecuentemente ha intentado turbar la tranquilidad de los sevarambos. Pero sus perversas intenciones han sido inútiles, y ahora Sevaraminas tiene siempre tropas en sus fronteras para tenerlos sujetos. Pudiera todavía describiros hasta otros trece principados que, á imitación de estos, no

están habitados sino de desterrados, y que también se sublevaron una vez contra el rey; baste deciros que habiendo costado mucho trabajo el contenerlos, fué preciso construir fuertes y ciudadelas en sus fronteras, de suerte que hoy viven allí encerrados como en una prisión inaccesible.

Otra provincia que no debo olvidar es la de los Nécios ó la isla de Cracos, como nosotros la llamamos. Está situada al Sud de Sevarandina. En ella gozan con abundancia y quietud de todo lo necesario para la vida; en una palabra, la fortuna cuida de los nécios mientras deja á los trapacistas que trabajen para su subsistencia.

Si tuviérais la curiosidad de visitar estas provincias, no dudo que nuestro sábio rey os lo permitiría, y os concedería una guardia suficiente para precaver los insultos; pues á pesar de la tranquilidad de que gozamos en nuestro dichoso clima, sin embargo las islas adyacentes están sujetas á los mismos desórdenes á que vivís expuestos en vuestro mundo septentrional por la malicia de los espíritus aéreos que se introducen en el corazón de los hombres. Aún los sevarambos mismos no están del todo exentos. Tienen un cierto árbol aromático cuyo

delicioso olor ahuyenta muchos de ellos de los aires, y con todo se ven obligados mil veces á recurrir á sus sábios que aprisionen estos espíritus malhechores á uno de dichos árboles y los azoten con correas que sacan de su corteza. Así ved si quereis arriesgaros á entrar en unos lugares donde estos demonios tienen más poder que entre nosotros.

Sermodas calló aquí algun tiempo, en el cual le manifesté con cuánto gusto le habia escuchado, y continuó su discurso en estos términos: «El rey tiene una renta fija y un gasto arreglado, de manera que nunca se le ofrece motivo de aumentarla; pero en recompensa si lo hiciera, el menor de sus vasallos pondria gustoso en sus manos cuanto tuviese para satisfacerla. El príncipe reinante tiene cerca de cuarenta años y no representa la mitad; hace veintidos que está sobre el trono sin habernos dado todavía el más leve motivo de queja; al contrario, no hay ninguno entre nosotros que no funde la prosperidad de la pátria en la dilatada vida de este soberano, rogando por ella al cielo. Pero mañana lo vereis por vuestros propios ojos; ahora creo es ya tiempo de que nos retiremos á descansar.»

Nos condujeron enseguida á nuestros apo-

sentos, donde no se veia otra cosa que tela de oro y bordado, despues de unas camas de plumon fino y blando, algo mejor que el nuestro. Allí pasamos una noche descansada, hasta que á las seis de la mañana nos despertó la orquesta desde otro cuarto inmediato con un concierto divino. Por mí puedo asegurar que me creia dormido todavía, pareciéndome que solo en sueños podia sentir el hombre tanto placer. Concluido el concierto entró Sermodas en mi cuarto, acompañado de otro que me llevaba unos vestidos soberbios de parte del rey, con recado muy atento de que no me detuviese, porque queria el príncipe darme audiencia antes de comer.

Obedecí sus respetables órdenes con la prontitud que debia, y salimos un poco antes de dar las ocho, seguidos de los magnates del pueblo que quisieron hacernos este honor. No describiré nuestra marcha; basta decir que calles y ventanillas estaban llenas de espectadores llevados de la curiosidad de ver un extranjero, lo cual es muy raro en aquella capital. No debamos paso que no fuese para nuestra mayor admiracion y encanto. La magnificencia de los edificios, la hermosura de los habitantes, la riqueza de sus vestidos, todo excedia á cuanto podíamos haber

imaginado. Cualquiera hubiera dicho que las ciencias y artes habian tenido su origen en los sevarambos, avergonzándome de ver que aquel pueblo nos llevase tantas ventajas en esto como en su inocencia y hermosura.

Pero el extremo de nuestro asombro fué al llegar al palacio del rey. El está edificado sobre una eminencia y cercado de un rio que se pasa por su puente levadizo de plata maciza suspendido de cadenas de oro. Enseguida se encuentran tres murallas, cuyo primor es superior á mis expresiones. Los materiales de la última están unidos con cierta argamasa mezclada con granos de oro y plata, de manera que no hay ojos que puedan sufrir su resplandor cuando el sol dá en ellos. Separan las tres murallas otros tantos espaciosos patios, calles de árboles en que han elevado de toda suerte de estátuas de pueblos y animales, trabajadas por los mejores escultores, y en medio del último patio está el palacio.

Su figura es redonda; cuatro galerías se extienden alrededor de él con igual número de puertas que se corresponden las unas con las otras.

Allí encontramos al rey sentado en un trono guarnecido de infinidad de piedras preciosas

que formaban un sol, cuya brillantez nos deslumbró. Se sube á él por seis gradas, y en cada una se presentan dos leones de pórfido; sus ojos son dos gruesos záfiro que parecen rodar en sus cabezas cuando los miran. Luego que llegamos á cuatro piés de aquel suntuoso asiento, doce señores que iban delante se repartieron en dos filas y en medio de ellos nos arrodillamos, segun nos habian instruido, y bajamos la cabeza hasta el suelo. Hicieron señal de que nos levantásemos los instrumentos, y entonces tras una reverencia muy sumisa dirigí al rey la arenga siguiente en francés que S. M. entendia y hablaba perfectamente: «Poderoso é ilustre soberano: veis á los piés de vuestro trono una tropa de hombres desdichados que hemos naufragado sobre las fronteras de vuestro imperio y que venimos guiados de vuestras órdenes y de nuestro reconocimiento á dar gracias á V. M. de los muchos y señalados beneficios de que vuestros vasallos nos han colmado. Esto viene de V. M., pues es quien les inspira con el ejemplo esta generosidad y quien les suministra los medios de satisfacerla por la sabiduría de su gobierno. ¡Plegue al cielo remunerar su humanidad, concediendo á V. M. una larga vida y un reinado tranquilo! Por nuestra parte no ce-

saremos de ponderar á nuestros pueblos del Norte vuestra clemencia, vuestra sabiduría y todas vuestras demás virtudes si volviéramos algun día á nuestro país natural, aunque nos expongamos á parecer embusteros para con aquellos que no han visto como nosotros los prodigios de vuestro reino y de vuestro imperio.»

Sevaraminas, que me habia escuchado con un aire agradable, hizo una ligera inclinacion con la cabeza, y me respondió en francés de la manera siguiente: «Amo demasiado la justicia, gracias al cielo, para faltaros jamás. No os he hecho venir sinó porque me instruyais de los usos y costumbres de una parte del mundo, famosa por las ciencias y por sus descubrimientos, y para aseguraros que haré en vuestro favor cuanto pueda. Estad, pues, muy ciertos que se os indemnizará de vuestras pérdidas, y que algun dia miraréis como una fortuna lo que os ha parecido desde luego el resto de vuestra desgracia. Os permitiré viajar en todos mis estados por donde quisiéreis, á fin de que podais conocer esta parte del mundo que el cielo ha separado de lo demás de la tierra. De aquí adelante no tendré yo la culpa si renunciáreis la gloria de haber establecido el comercio entre

habitantes de los países septentrionales y sevarambos. Por lo menos yo os ofrezco, que con acuerdo de mi Consejo elegiré alguna isla de mi dominio en el mar Pacífico para establecerle, pues las leyes de mi reino no permiten á los extranjeros vivir con nosotros.»

Se informó enseguida del estado de la Europa, del gobierno de Inglaterra, de nuestras leyes, de nuestra religion y de nuestra política, que le expliqué lo mejor que pude. Concluida la conversacion me dió una caja de pedrería y un collar de oro y ámbar gris, rogándome le llevara puesto mientras estuviere en sus Estados, como una insignia de su proteccion y gracia. Cada uno de mis oficiales recibió un presente por el mismo estílo, y por último dió orden á Zidi Parabas, maestro de ceremonias, para que nos señalase nuestros respectivos cuartos en palacio.

Aquí me despedí de S. M. y me retiré al mio, donde Zidi Marabat, canceller del reino y primer ministro, fué á conferenciar conmigo de orden de Sevaraminas. Le hice una relacion de nuestra marina y de los secretos de nuestro comercio, sin descuidarme en la descripcion de nuestras mercaderías, producciones de Europa, y de la gran Bretaña en particular, de que se

mostró satisfecho por mi detall, y me aseguró recibirían bien á los europeos con tal que no enviasen á comerciar sinó hombres honrados, justos y sinceros, y que se contentasen con llegar hasta Sporunda no más, excepto en un caso de embajada ó de otras ocurrencias extraordinarias.

Despues de esta conferencia me hizo salir á pasear. Por entonces solo vimos las curiosidades del palacio, cuya descripcion no me atreveré á emprender. A más de que mi relacion pareceria increíble y fabulosa, faltándome términos para expresar la hermosura de cuanto ví, y aun la imaginacion de los que leerán mi libro no se la representaria sinó de una manera débil é imperfecta.

Al regreso encontramos al rey, que venia de cazar, pero muy distintamente de como se practica en Europa. Para las liebres, conejos y bestias del monte tienen zorras domesticadas de una ligereza tal, que la de nuestros perros no tiene comparacion con ella, y para las reses usan de leopardos domésticos tambien en lugar de alanos.

No está en esto solo su diferente modo de cazar al nuestro. Cuando el rey quiere tomar esta diversion y que el montero mayor tiene ya

prevenida una suficiente recova de leopardos, sueltan un oso ó un leon, ó cualquiera otra fiera que ha escogido en un espacioso parque que está á una legua del palacio. Desde el instante en que los leopardos descubren la presa, la cosa es hecha, nada puede detener su ímpetu: uno le acomete por un lado, otro por otro hasta que le cercan, y aunque mira á salvarse con la huida, viene á ser la victima de su furor. Pero esta diversion no es más que para el soberano y la grandeza, que están montados en mulas con aderezos de pedrería y oro.

El principe entró en su palacio seguido de una turba de señores y oficiales de su casa, los cuales nos cumplimentaron en latin, en francés, en español ó italiano, segun la lengua que entendia aquel con quien encontraban. Nos introdujeron en una sala de trescientos piés de largo, donde nos esperaba una comida espléndida. En el fondo de la sala estaban los reyes, los tres principes sus hijos y seis de las princesas reales, sentados á la mesa debajo de un rico dosel; Zidi Parabas, Sermodas y diferentes personajes se colocaron conmigo en otra. La conversacion cayó muy pronto sobre los placeres de Europa. Dije que los teníamos de diversas especies, pero que no llegaban á los de los sevarambos, por-

que carecian de su sencillez y de su inocencia. De allí pasamos á las materias físicas, segun costumbre comun entre ellos y los griegos; las tratamos en latin, y en su asunto me hablaron en tales términos, que quedé convencido de que nos llevaban en estos tantas ventajas como en su virtud. Tras la comida Zidi Parabas nos presentó al rey, sentado en su trono con Larida su esposa á la mano derecha y los príncipes sus hijos á la izquierda. La conversacion fué toda en español, porque la reina hablaba esta lengua y la amaba mucho. Esta princesa nos despidió cargados de magníficos presentes.

El resto de la tarde se gastó en ver las particularidades de la ciudad, sus edificios, sus templos y sus salas públicas. El tribunal de justicia estaba enlosado con piedras transparentes de una hermosura singular, y á los dos lados se extendian las celdas ó prisiones de los abogados, que bien pueden llamarse así, pues no permiten á sus juriconsultos salir por la ciudad porque no inspiren á los habitantes su espíritu de discordia. Así que nos descubrieron estos caballeros hicieron alrededor de nosotros un círculo, que con la misma prontitud se deshizo luego que les dijimos que solo la curiosidad era la que nos llevaba allí.

Vimos subir el juez á su silla al son de trompetas, y enseguida entró una tropa de sevarambos, que conducian á un hombre y una mujer convictos de haber degenerado de la virtud de sus antepasados por un comercio criminal. Ambos tenian sobre su frente y la nariz gruesas escrecencias carnosas que probaban el delito, como efecto de él, segun Sermodas nos habia informado. Tras ellos comparecieron no sé cuantos abogados, alguaciles y acusadores, que ejercieron sus oficios respecto á los delinquentes. Este era el colmo de la impudicia, pues las señales que desfiguraban á aquella pareja desdichada eran unos testigos irrecusables de su delito, fuera de la confusion que aparecia en sus rostros y que, al mismo tiempo que acababa de convencerlos, excitaba la compasion. Sin embargo, no faltó abogado que por la esperanza de premio quiso atribuir aquellas deformidades á una causa distinta; mas el juez estaba dotado de demasiadas luces y equidad para absolver á los reos, á los cuales condenó á destierro en la provincia gobernada por Brustana.

Debo confesar que ví con pena y sorpresa un infierno tal en un país que habia creído un paraíso de delicias. Quise salir al instante, pero me detuvo otro reo que entró luego. Los aboga-

dos alegaron en latin, mediante un regalo que Sermotas les hizo, porque tuviera yo el gusto de entenderlos. Jamás pudo hablarse con rodeos más finos y artificiosos. Yo me figuraba estar en la sala de Westminster al escucharlos. El defendido era acusado de ladron, delito bastante raro entre los sevarambos, y si su turbacion no le hubiera vendido, el rostro no presentaba la menor prueba; con todo no pudo escapar de la penetracion del juez, y fué desterrado á la provincia de Marabo.

No pude menos entonces de manifestar á Sermotas cuánto me admiraba que en un gobierno como el de los sevarambos se permitiese vivir á unas gentes tan peligrosas, cuando en Europa, á pesar de nuestra corrupcion, apenas podíamos sufrirlos. ¡Cómo no las hemos de permitir! me respondió. Sabed que estos son unos males necesarios, y que esta virtud que os parece natural en los sevarambos, acaso no alcanzaria á preservarlos del delito si el temor y la vergüenza no se uniesen alguna vez á ella.

Acabada la audiencia y restituidos los abogados á sus alojamientos, dejamos aquel detestable lugar para ir á ver el principal de los templos, cuyo soberbio exterior habia excitado mi curiosidad. Estaba construido en forma de

anfiteatro y adornado de una cúpula en que el oro y la plata brillaban por todos lados. Zidi Parabas hizo al pronto algun escrúpulo de llevarnos á él por recelo de que adorásemos las imágenes; pero Sermotas venció la dificultad por el buen informe que le hizo de nuestra religion; de suerte que Parabas nos presentó á un sacerdote rogándole que nos instruyese de lo que mira á la de ellos.

Este desempeño se encargó con mucha urbanidad en los siguientes términos: «Nuestro culto no tiene por objeto sinó al Dios Todopoderoso, criador del cielo y la tierra. Dos veces á la semana nos juntamos todos en el templo, sin que persona ninguna sea dispensada de esta santa obligacion, á menos que se halle enferma, caso bien raro entre los sevarambos. Allí cantamos las alabanzas del Sér Supremo; le damos gracias por los bienes de que su mano liberal nos colma, y en fin, se termina este ejercicio de piedad con oraciones fervorosas por la prosperidad del rey y de la patria.

»Lo que mantiene la virtud entre nosotros es el cuidado que ponemos en hacer florecer las escuelas públicas, en que los niños reciben los principios de la moral y la religion, y donde aprenden no tanto á conocer sus deberes como

á amarlos. Cada sevarambo hace un donativo proporcionado á sus facultades para la manutencion de estas útiles casas, y el sobrante, que siempre es considerable, se destina á fines pios ó á las necesidades de los sacerdotes.

»Tenemos libros compuestos por nuestro gran legislador que nos guian hasta en las más pequeñas acciones de la vida, y á los cuales debemos casi enteramente la virtud de qué hacemos profesion.

»Tal es la armonía que reina entre nosotros, que casi nunca experimentamos el menor de los males que tan frecuentemente produce la discordia en Europa y en las demás partes del mundo.

»En cuanto á aquellos de nuestra raza que por haberse extraviado del camino de la virtud viven en un triste destierro, una resignacion respetuosa y un arrepentimiento sincero los volverán á los derechos de su inocencia. Solo si será menester que pasen por fuegos purificadores que están en la region media del aire y de que aún nosotros mismos no estamos exentos. Pero en vez de que estas llamas son para los hombres inocentes como un baño refrigerante y delicioso, serán para aquellos de quienes estoy hablando un paso doloroso, y hasta que su ma-

licia sea consumida en ellas, no podrán llegar al cielo.»

Mientras nos referia estas cosas el sacerdote Ziribabdas le llevaron el cuerpo de un sevarambo, suplicándole le diese los honores fúnebres. Con este motivo nos dejó para ir á abrir la casa de los muertos, que descansaban en cofres fabricados de marfil y oro, y yo me alegré de tener la ocasion de ver el entierro de un sevarambo.

Iban detrás cerca de mil personas sin contar los amigos y parientes del difunto, que estaban á la puerta del templo. Uno de estos últimos se puso delante del cuerpo y dirigió este discurso á Ziribabdas: «Santo padre, te traemos los restos de nuestro buen pariente Suffurali, hombre que caminó siempre por las sendas de la virtud y del honor y que jamás dejó de asistir á los ejercicios de religion en este venerable y sagrado templo. Te suplicamos, pues, que pueda descansar con estos ilustres muertos que fueron lo que somos y que son lo que esperamos ser otro dia.»

Luego que acabó de hablar, Ziribabdas le hizo varias preguntas acerca de las costumbres y conducta del difunto, de que quedó satisfecho por sus respuestas, y en su virtud pusieron el

cuerpo sobre una mesa de pórfido colocada en medio del templo.

Enseguida entramos con el cuerpo en el sepulcro ó bóveda, de una extension que se pierde de vista, donde ardian constantemente diez mil lámparas de oro. Desde allí nos condujeron al Panteon de los Reyes, y en él nos detuvimos muchas horas, considerando con admiracion los cuerpos y epitáfios de aquellos principes. Como se habian ensalzado tanto sobre sus vasallos por su virtud como por su dignidad, la nacion no habia omitido nada para dar en cierta manera á sus cadáveres cuanto se habia debido á sus grandes prendas, sembrando de pedrería con profusion los vestidos talares que los cubrian.

Al salir de aquel suntuoso edificio nos enseñaron el teatro de las Rarezas, excesivo á quanto se puede decir é imaginar. Entre otras admiré talismanes que no hay maravilla que no ofrezcan, sabiéndose servir de estas piedras milagrosas como se debe, y habiéndome referido Ziribaldas muchos casos particulares, quise ver algunas experiencias por mis propios ojos.

Aquel venerable sacerdote me llevó en casa de un sábio, que encontramos engolfado en su gabinete en medio de diversos instrumentos matemáticos y un muelo de libros. Mas con

todo se levantó al instante con una política extraordinaria, me saludó en griego con semblante risueño; me cogió de la mano y nos dejó en un balcon de mármol que miraba al campo, rogándonos que le esperásemos. Volvió sobre la marcha con un globo de cristal, segun me pareció, lleno de muchas concavidades, probablemente hechas con alguna mira. Señor, he adivinado, me dijo, lo que quereis de mí; mirad, pues, si gustais uno de estos huecos, que tal vez encontrareis de qué satisfacer vuestra curiosidad. En efecto, parecióme descubrir en él una infinidad de hermosos pájaros de diversas especies, pero inmóviles y como muertos, cuando estando considerando con placer la hermosura y variedad de sus plumas, el filósofo les restituyó la vida ingeniosamente y su armonioso gorgéo me penetró los oídos. Entretanto otros pájaros, que estaban posados en los árboles inmediatos, vinieron por orden suya al balcon, y les mandó que bailasen á su modo, á que obedecieron luego con una docilidad y destreza que pasaban igualmente.

Tomó enseguida una figura humana de cera y pronunció estas palabras: *Buomaloleki leostrabak, abrolakeur, Brouabus Brinskiba Brobaro bircabuk*. Al instante aparecieron en el prado

una turba de hombres y mujeres, que quitándose sus vestidos principiaron á bailar delante de nosotros, sin que nada pudiese detenerlos, mientras que la estatua estaba en el aire. Yo no sabia qué admirar más, si la gallardía de sus cuerpos y la ligereza de sus movientos, ó la modestia de sus rostros. Nada de impureza ni lascivia en sus acciones; y así ni aun ellos mismos se acordaban de que estaban desnudos, hasta que retirando el filósofo la estatua echaron á correr con presteza, sumamente avergonzados de que unos extranjeros los hubiesen visto, no obstante que en nada se hubiesen excedido.

A este tiempo nos despedimos del sábio y el sacerdote y volvimos á palacio pasmados de tantos prodigios como habíamos visto, sin saber casi si dormíamos ó velábamos; de modo que nuestra gente no se cansaba de hablar de aquellas maravillas. Por último nos dieron de cenar magníficamente, sirviéndonos unos vinos muy delicados que produce el país.

Pero no contento todavía el príncipe con los infinitos recreos que nos habia proporcionado, luego que cenamos nos avisaron de su orden que habia no sé qué cosa en el aire, que merecía bien la pena de que saliésemos á verla.

Al presentarnos en la galería de palacio des-

cubrimos un cielo iluminado, en cuyas nubes combatian dragones, serpientes y grifos, unos contra otros. El pavor nos sorprendió al pronto, no habiendo uno de los nuestros que no lo tuviese por un presagio funesto; pero Sermotas nos desengañó, diciéndonos que todo era efecto de un talisman inventado para divertir á Sevaraminas, quien habia querido darnos parte en el buen rato.

Concluido este espectáculo nos fuimos á acostar; mas yo no podia conciliar el sueño repleto de imágenes raras de lo que habia visto por el dia, y que me representaban los perniciosos efectos que hubiera producido el arte talismánico en un pueblo corrompido como el nuestro.

CAPITULO IV.

El autor con los suyos acompaña al rey de los sevarambos en un viaje. Descripción de las cosas maravillosas que vieron. Castigo de un ministro de Estado corrompido. Regreso de Gulliver á Sevarambia.

La mañana siguiente muy temprano vino Sermotas á decirnos que el rey queria que le acompañáramos en un viaje. Montamos luego en las cabalgaduras que nos habian preveni-